

de Ricardo le refirió que le había puesto preso con objeto de venderle la libertad por una crecida suma, que él jamás consintió en dar.

—¿De qué se estremece usted? ¿Teme usted que aun hable? —preguntó sonriendo el doctor—. ¿No me ha asegurado usted que...?

—Sí; le he asegurado a usted la verdad... Ni él ni el mendigo hablarán ya; pero...

—Pues tampoco tenemos que temer nada de Félix, que está ya en capilla, y que dejará de existir en los mismos momentos que abandonemos la capital.

—Es verdad..., y sin embargo, la sangre vertida me inquieta..., me atormenta...

—¿Remordimientos? —dijo riendo el doctor—. Ya son tardíos, señor Duval.

—La idea de que ese hombre va a morir mañana inocente, y por mi causa, me hiela la sangre, sin saber por qué.

—¿Está usted hablando de veras?

—Con toda sinceridad.

—Entonces preciso es decir que es usted incomprensible.

—¿Por qué?

—Porque ahora se horroriza usted de una víctima que no le puede comprometer, y anoche dispuso usted que se asesinasen a Leopoldo.

—Confieso mi conducta contradictoria.

—Escrúpulos de beata. Félix es el único que aun puede hablar; y nosotros lo que debemos procurar es, que no hable, el menos, mientras no salgamos de Veracruz.

—Lo conozco.

—En Europa se le quitarán a usted todos esos escrúpulos, en medio de los festines y los goces que proporciona el dinero. Además, la mayor parte de nuestros bienes, que constan en fincas, los hemos vendido a condición de recibir el dinero en Londres, para donde llevamos libranzas; y si antes de abandonar el país se descubriesen nuestras gracias, todo lo perderíamos a la vez que la vida.

Esta reflexión ahogó los escrúpulos de Duval, que exclamó:

—Es cierto: la sangre de ese hombre más, no aumenta el peso de la que ya he vertido: acallemos, pues, el grito de la conciencia, ya que la muerte de don Félix es nuestra salvación.

—Eso se llama pensar bien. La conciencia es un fantasma que sólo debe asustar a los niños y a las mujeres.

Pero silencio, que por esta calle se acercan don Emilio y Leopoldo.

En el semblante de Duval se pintó el odio y el rencor.

—Sí —contestó con satánica sonrisa—; ahora no se separan ni un sólo instante—. Y luego, rechinando los dientes añadió: —¡Ah! ¡maldigo el momento en que usé de la generosidad de devolver a don Emilio su fortuna! ¡Si yo le hubiera dejado envuelto en su ruina, hoy sería Clotilde mía!

—Callemos, que aquí están, y no nos han visto—dijo el doctor; y Duval dejó de hablar, deseando que no fijasen la atención en ellos.

Don Emilio y Leopoldo, unidos del brazo, y en animada conversación, se acercaron sin dirigir la vista al sitio en que los dos despechados amigos se encontraban. En el rostro de los primeros estaban retratados la alegría del corazón y el placer de la amistad.

—Sí, don Leopoldo —decía en alta voz don Emilio—; estoy íntimamente persuadido de que mi querida hija va a ser con usted la más feliz de las mujeres. Ya lo ha empezado a ser desde que la presencia de usted y sus palabras, la arrancaron del borde del sepulcro, donde yo la había conducido, mal aconsejado de injustos informes. ¡Oh!, ¡y qué hermosa está hoy en su aromática tienda de ramilletes, animado su rostro por la fe en el dulce porvenir que la espera, al lado del hombre a quien no ha dejado de amar un solo instante!

—Como yo tampoco la he olvidado un sólo momento, don Emilio. Ella era y es el centro de todas mis aspiraciones; y al ver que han terminado los temores y los celos, cediendo su lugar a las venturas de la gloria, me parece que todo no es más que un delicioso sueño, del que temo despertar.

—No, no despertará usted, querido Leopoldo; es la realidad que durará tanto como la vida. En usted está señalar el día del enlace que usted ha querido retardar hasta la llegada de su fiel amigo Núñez.

Duval y Willey se miraron.

—Sí; a pesar de cada minuto que transcurre me parece un siglo, no quiero llegar al colmo de la felicidad hasta que él llegue, para que sea testigo de ella, y tome parte en el regocijo general. De otra manera sería manifestarme poco agradecido a los altos y numerosos servicios que me han prestado.

—Bien; esa prueba de gratitud le honra a usted mucho,

para que yo trate de que usted la atropelle. Pero Núñez hace algunos días que debía estar aquí, y me tiene cuidadoso su tardanza. ¿Le habrá sucedido alguna desgracia?

Duval y el doctor volvieron a mirarse.

—A mí también me ha asaltado varias veces ese temor. Sin embargo, espero que la tardanza de mi leal amigo reconozca un origen más lisonjero.

—¿Cuál?

—La Caverna de Cacahuamilpa es inmensa, encierra bellezas de primer orden, y tal vez se habrá detenido a visitarla escrupulosamente.

—¡Dios lo quiera!

—La duda de usted, aumenta mi recelo.

—Temo, porque usted y Núñez tienen bastantes enemigos, y bien pudiera alguno, sabiendo que emprendía ese viaje, haberle seguido, y oculto en la Caverna, a donde nadie podía verle, saciar impunemente una venganza derramando su sangre.

Duval se puso pálido y el doctor le apretó la mano.

—¡Oh! ¡qué horrible pensamiento! —exclamó Leopoldo inmutado—. Pero no...; eso es imposible... La noticia de una desgracia, hubiera llegado ya a nuestros oídos.

—Quiero persuadirme de que así es. Esperemos, pues, otros cuatro días, y si al expirar ese plazo, si no volviera...

—Entonces iré yo mismo a ver lo que ha pasado, para unirme inmediatamente a Clotilde.

—Muy bien. Pero aligeremos un poco el paso, y aproximémonos a la tienda de la hermosa Flora, que estará esperando impaciente a su tierno Céfiro—dijo don Emilio con aire jovial y sonriéndose.

—No menos lo está —contestó con el mismo tono Leopoldo— el ministro y cortesano de la Primavera, para ver a la encantadora Cloris.

Y se alejaron dirigiéndose hacia la pintoresca gruta que ocupaba la hermosa Clotilde. Duval, al verlos a bastante distancia, dió una patada en el suelo, apretó los puños, y exclamó sin poder reprimir su cólera:

—¡Oh! ¡venganza! La consideración de la felicidad de ese hombre, sería mi infierno en Europa.

—Allí no presenciara usted su dicha, y su imaginación estará demasiado ocupada con otros objetos seductores, que le robarán todos los instantes de la vida.

—¡Oh!, no: los celos y la ira me dominan, y necesito la muerte de Leopoldo para que la memoria de su ventura no vaya a acibarar los placeres que brinda Europa.

—Pero es preciso reflexionar que en los momentos en que vamos a alejarnos de este país, no es conveniente ocuparnos de un asunto tan peligroso que podría traer acaso funestas consecuencias.

—¿Tiene usted miedo?

—Eso jamás; pero...

—Nada, nada, Willey: lo he resuelto, y es preciso que ese hombre muera esta noche misma, para que yo emprenda tranquilo mi viaje.

—¿No hay indulto para él?

—No lo hay.

—Pues bien; morirá, y morirá de una manera que se atribuya a muerte repentina y natural.

—¿Cómo!

—Yo traigo un líquido que el que lo aspira muere al instante como herido por un rayo.

—Bien; pero ¿cómo hace usted que ese líquido lo aspire Leopoldo, sin que usted se comprometa?

—Fácilmente.

—¿Cómo?

—No ha visto usted que trae para la hora de salir de la diversión, que será de noche, un lujoso tapaboca, con que indispensablemente se cubrirá para abrigarse?

—Sí

—Pues bien: ese tapaboca está en la pieza que se ha convertido en guardarropa, y con verter en él la cantidad necesaria del líquido, tiene que aspirar la muerte al cubrirse la boca, sin que ni remotamente se atribuya su trágico fin a una persona humana.

—¡Oh! ¡sublime idea! Sin embargo...

—¿Qué?

—Puede fallar, como falló el resultado que se propuso usted con Elisa, según usted mismo me ha contado.

—El deseo no se realizó, en efecto, porque se presentó Pablo; pero el líquido obró como era preciso que obrase; y si en vez de darle un narcótico, le hubiese aplicado al pañuelo lo que aplicaré al abrigo de Leopoldo, Elisa no existiría ya.

—¿Es decir, que es eficaz ese líquido?

—Sin igual.

—Bueno.

—Pero antes de aplicarlo necesito que me acompañe usted a donde tengo a Luz, para que así se persuada que trato de dejarla en libertad, puesto que me es preciso

partir para Europa, y penetre sin recelo en la pieza en que me espera la felicidad.

—Acompañaré a usted a donde quiera.

El doctor iba a contestar, cuando vieron que don Emilio, después de dejar a Leopoldo con su amada, se dirigía hacia ellos.

—¿Dónde se oculta usted, amigo Duval? —dijo al acercarse tendiéndole la mano—. No le he visto a usted hace más de una hora.

—Estábamos gozando de la grata sombra de estos árboles, y hablando del sentimiento que nos causa abandonar este país donde tan marcadas pruebas de deferencia hemos recibido.

—¿Y por fin está resuelta la marcha para mañana?

—Definitivamente.

—Lo siento que no la suspenda usted hasta que no se realice la unión de mi querida hija, cuya felicidad ha deseado usted siempre.

Duval disimuló el disgusto que aquellas palabras le causaban, y contestó:

—Sí; su felicidad la he preferido siempre a la mía.

—Y ella le está a usted muy agradecida. Pero acerquémonos a la glorieta principal, porque va a dar principio la mesa.

Duval y el doctor no pudieron excusarse, y siguieron a don Emilio al sitio indicado.

La comida, para que correspondiera a los trajes con que se había disfrazado la mayor parte de la concurrencia, era al estilo del país. El «mole de guajolote» (pavo en salsa); los chiles rellenos (pimientos rebozados con huevo y con carne picada dentro), las sabrosas «enchiladas», el «guajolote» relleno; los «fríjoles» gordos; el pulque de piña; el de naranja, el de almendra, y el natural; todo estaba en abundancia. Los músicos, colocados al borde de la fuente, tocaban escogidas sonatas, en tanto que tenía lugar la comida.

Leopoldo se había colocado al lado de Clotilde para tener el gusto de hablar con ella y servirla. A Duval le había tocado el sitio de enfrente, y cada obsequio de su rival era un dardo que le clavaban en el pecho.

Cuando algunas libaciones de confortativo licor habían ido a dar conocimiento al alimento, empezaron los brindis en verso y prosa que son la vida de las mesas. Don Emilio brindó por la amabilidad de la escogida concurrencia que se había dignado aceptar el convite, por el grato

motivo que los había reunido en aquel sitio, y por la próxima unión de su querida hija con el distinguido artista con quien se envanecía la patria. Duval disimuló la ira que le devoraba, y apuró la copa.

Concluida la comida, se dirigieron a tomar café y vinos generosos, a un magnífico cenador, situado debajo de unos sauces llorones. El sol empezaba a declinar, y el ambiente que se respiraba era grato y perfumado. Los jóvenes, dando el brazo a las lindas compañeras a quienes habían servido, salieron a recorrer las sombreadas calles del delicioso jardín.

Clotilde, apoyada en el de Leopoldo, salió risueña y seductora por junto a Duval que palideció de ira. Ya se disponía a seguir a la infeliz pareja, cuando se presentó en el cenador, vestido de riguroso luto, el anciano don Manuel, el antiguo principal de Núñez.

—¿Por qué tan tarde, querido amigo?—le dijo don Emilio saliéndole al encuentro y tendiéndole la mano.

—Porque me habían dado señas muy particulares de la joven Adela, a quien sabe usted que busco hace tiempo para anunciarle la fortuna que ha heredado.

El doctor escuchó atentamente.

—¿Y la encontró usted?

—No, por desgracia. Fuí al callejón de Recabado donde me dijeron que vivía, y allí supe que había salido la noche del pronunciamiento de los polkos, y que nadie ha vuelto a saber de ella.

—¿Pero está usted cierto de que era Adela?

—Sí; porque aunque el nombre con que me la dieron a conocer no era el mismo, las señas correspondían en todo, y estoy cierto que la hermosa y desgraciada Soledad de que me hablaron no es otra que la heredera de las riquezas que dejó mi amigo.

El doctor apretó la mano a Duval.

—¿No es esa joven la novia de Núñez?—preguntó don Emilio.

—La misma.

—Pues a mí también no deja de tenerme con bastante cuidado la tardanza de éste último.

—¿Pues qué, aun no viene de Cacahuamilpa?

—No, señor; y mucho temo que le haya sucedido una desgracia.

—Lo sentiría infinito. ¿Y Clotilde y Leopoldo, por dónde andan?

—Paseándose por el jardín como dos enamoradas tórtolas.

Pero voy a mandar que le sirvan a usted alguna cosa. ¿Qué quiere usted tomar?

—Una taza de café únicamente, porque hace media hora que comí.

Don Emilio sirvió una taza de café a su antiguo amigo, se puso él otra, y ambos se sentaron entregados a una animada conversación. Entretanto, los últimos rayos del sol se ocultaban en el lejano horizonte. Duval, impaciente y celoso de su afortunado rival, hizo una seña al doctor para que le acompañase, y ambos, saliendo del cenador, se alejaron sin que ni don Emilio ni don Manuel fijasen la atención en ellos.

—¿Qué tiene usted?—le preguntó el doctor.

—El infierno dentro del pecho —exclamó Duval rechinando los dientes—. La desesperación de los condenados. Necesito la muerte de Leopoldo.

—Le he prometido a usted que dejaré de existir esta misma noche, y mi promesa será cumplida.

—¡Oh!, sí..., lo necesito.

—Pero antes es preciso que me acompañe usted a la casa en que tengo presa a Luz.

—Sí, vamos; pero que sea pronto para volver al instante y ver realizada mi venganza.

Y apoyándose en el brazo del doctor, se dirigieron a la puerta de la calle.

La noche había cerrado completamente. Al poner el pie fuera del jardín, una voz se dejó escuchar, que le hizo palidecer. Era la de un vendedor de papeles que, levantándose lúgubre y terrible, formulaba estas tristes palabras: «¡El diario del ajusticiado!». Duval se estremeció, creyendo ver delante de sus ojos al inocente don Félix, que le emplazaba desde el ensangrentado patíbulo para el tribunal de Dios.

El doctor, notando su terror, le dijo:

—¿Vuelve usted a ser presa de las ridículas preocupaciones, mamadas en la niñez? Confieso que hoy está usted desconocido. Vamos, seamos lo que hemos sido siempre. No nos dejemos dominar por trampantojos. El infierno y la gloria están en el mundo.

El hombre que marchaba pregonando el papel para venderlo, pasó entonces por junto a ellos, gritando con robusto acento: «¡El diario de don Félix el ajusticiado!».

Duval se puso cadavérico; aquella voz penetró hasta lo más profundo de su corazón, helándole la sangre.

—Es usted un niño —dijo Willey, al notar su terror—,

Pero tal vez nos tenga esto más cuenta, porque así dejará usted que Leopoldo disfrute las caricias de la joven que usted soñó poseer un día.

Aquellas palabras, dichas intencionalmente por el doctor para exaltar el ánimo de su amigo, produjeron el efecto deseado.

—¡Jamás, jamás! —gritó Duval dominado por los celos—. ¡He jurado que morirá, y morirá!

Y apoyándose resueltamente en el brazo del doctor, se dirigió con éste a la casa en que gemía inconsolable la desventurada Luz. Sin embargo, Duval sentía un terror invencible. Su rostro estaba desencajado y pálido. La voz del hombre que gritaba «El diario del ajusticiado», sonaba aún en sus oídos, y el eco de aquella voz resonaba en su corazón. Duval hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y disimuló su terror.

Willey, dominado por la infernal pasión de la lujuria, dejaba ver en su rostro el placer que inspira la esperanza de una próxima felicidad. Eran dos réprobos, temiendo uno el castigo, y anhelando el otro de saciar sus torpes pasiones. Y estos dos réprobos se acercaban al sitio en que gemía un ángel; un ángel indefenso..., un ángel a quien trataban de engañar con una libertad mentida, para arrojarlo en el cieno. ¿Triunfaron al fin? Los acontecimientos que iremos narrando darán contestación a esta pregunta.

## CAPITULO XXII

### De la mesa a la boca...

El ejército mexicano que tan bizarramente había combatido en la Angostura contra las mejores tropas norteamericanas, se dirigía a México después de haber permanecido en San Luis algunos días, descansando de las fatigas de aquella gloriosa, aunque sangrienta expedición.

Era necesario atender a la parte de Oriente, por donde el general Scott se presentaba amenazante con las tropas invasoras que se habían apoderado de Veracruz, y los infatigables soldados mexicanos, que habían luchado en la Angostura marchaban haciendo jornadas increíbles, al encuentro del enemigo.

Después de muchos días de incesante marcha, llegaron a una jornada de la capital, y la esperanza de que iban a